LO PEOR, SER VANIDOSO

ó

NIÑOS Y MARIPOSAS.

COMEDIA INFANTIL

EN UN ACTO Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

Joaquin Asensio de Alcántara.

(ILUSTRADA CON UNA PRECIOSA LÁMINA AL CROMO.)

Esta obra ha sido premiada con

LA LIRA DE PLATA

en el certamen celebrado por la Asociacion Literaria de Gerona el dia 2 de Noviembre de 1873.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA,

pasaje de Escudillers, número 4.

1873.





LO PEOR, SER VANIDOSO

Ó

NIÑOS Y MARIPOSAS.

COMEDIA INFANTIL

EN UN ACTO Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

Joaquin Asensio de Alcántara.

No hay quien sepa qué es saber,
que en saber no se desvele.

—ALONSO DE VARRO.—



BARCELONA.

IMPRENTA DE NARCISO RAMIREZ Y COMPAÑÍA
PASAJE DE ESCUDILLERS, NÚMERO 4.
1873.

Á LOS SEÑORES

D. A. Argellés de Tovar y D. Gerónimo Granell.

En el último certámen celebrado por la ASOCIACION LITERARIA de Gerona, ha obtenido esta comedia infantil el premio de una lira de plata.

Jamás olvidaré que ustedes me alentaron á concurrir á aquella justa poética.

Mientras yo guardo y estimo en lo que vale tan rico galardon, acepten ustedes, amigos mios, esta comedia en señal del cariño que les profesa

Joaquin Asensio de Alcántara.

Barcelona.–Diciembre.–1873.

INTERLOCUTORES.

FAUSTINO.	Niños.
PABLO.	
DIEGO.	
VICENTE.	

La accion se supone en cualquier rincon del orbe cristiano.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Patio de un colegio de enseñanza. Bancos de piedra á los lados. Jardin practicable en el fondo. Á la izquierda una puerta que conduce al interior del establecimiento. Á la derecha un huerto cuajado de limoneros.—El dia empieza á declinar. Vénse vagar varias mariposas alguna vez.

ESCENA PRIMERA.

VICENTE y PABLO.

(Aquel, sentado; éste, de pié.)

PABLO. Ahora sí que venir debes
á jugar con los demás.
(Vicente no contesta.)
¿Me desobedecerás
lo mismo que el otro juéves?
Habla.—¿De tu terquedad
osarás hacer alarde,
en juéves, con una tarde
que está diciendo: «jugad?»

VICENTE. Te quisiera complacer,
mas... ¿qué quieres que te diga?
El correr me dá fatiga.

PABLO. Bien. En lugar de correr,
allí, en el jardin sentado,

verás como el sol te presta
su encanto, desde la cresta
del montecillo azulado.
Sus benéficos fulgores,
Vicente, á recibir vamos.

(Vicente se niega.)

Los niños necesitamos
mucho sol, como las flores.
Lo dice así el director;
no desoigas su consejo.

(Cojiendo á Vicente de la mano y señalándole el fondo.)

Mira el sol con su reflejo
cómo dá vida á la flor.

(Haciéndole prestar atencion.)

¿Oyes cantar la avecilla?
—Hoy, al toque de oracion,
tendremos una funcion
religiosa en la capilla.
Mi abuelita, muy gozosa
y haciéndome muchos mimos,
me dice cuando asistimos
á una funcion religiosa:
—«De Dios la voz soberana
se oye en toda su grandeza,
al contestar al que reza
el órgano y la campana.»—
Ven. Esperándote tienes

(Mirando hácia el jardin.)

á Diego, á Faustino, á Eloy...

VICENTE. Ya te he dicho que no voy.

PABLO. Y ¿por qué razon no vienes?

VICENTE. Con Faustino no es prudente
que yo tenga el menor roce.

(Con petulancia marcada.)

Ya ves papá si conoce
el mundo perfectamente.

No hay país donde él no vaya
en busca de empresas grandes.
Vió... las cimas de los Andes,
las crestas del Himalaya,
las Pirámides; ha visto
Roma, que todo lo encierra,
y ha recorrido la tierra
bendita de Jesucristo.
De su memoria no escapa
ni el último lugarcillo
del globo. Tiene al dedillo
la geografía y el mapa.
Cuando habla, callo y le escucho
sin que jamás me deslice...
Pues papá, que como él dice
tiene mucho mundo...

PABLO. (Interrumpiéndole.) ¡Mucho!...
Es vizconde del Perú...

VICENTE. (Prosiguiendo.)
Me dijo un dia:—«Vicente,
jamás te trates con gente
que sea ménos que tú.»—
Ya tú ves, Pablo, que no
cometeré el desatino
de rozarme con Faustino,
porque él es ménos que yo.

PABLO. ¿Ménos que tú? (Admirado.)

VICENTE. Ya se vé.

PABLO. ¿Tú eres más qué él?

VICENTE. Claro está.
Yo soy noble y rico...

PABLO. Ya...

VICENTE. Y él es un pobrete.

PABLO. ¿Y qué?...

VICENTE. Yo tengo un palacio régio
y hallo en él cuanto imagino,

mientras que es—¡pobre Faustino!,—
el mas pobre del colegio.

PABLO. ¡Sí!... ¡El mas pobre!.. (Con ironía.)

VICENTE. (Con altivez). Yo no miento.

PABLO. ¿Pobre? ¿Eso tu orgullo cree
cuando Faustino posee
un tesoro de talento?

VICENTE. ¿Un tesoro? (Con mofa.)

PABLO. Si, Vicente;
es el alumno mejor.
Nos lo dice el director
y tú sabes que él no miente.
Cuando á Faustino le pases
delante, ya harás bastante.
Por ahora él va delante,
¡delante en todas las clases!
Faustino es listo.

VICENTE. (Con soberbia). Muy listo,
sin que un ochavo le sobre.

PABLO. No es un delito ser pobre.
Tambien lo fué JESUCRISTO.
—La envidia, Vicente, hace
que tú seas maldiciente
y sabes muy bien, Vicente,
que á Dios eso no le place.

VICENTE. Siempre que á Faustino escucho,
distante de él me coloco.
—Yo soy mucho, él es muy poco,
y eso ha de mirarse mucho.
(Pablo le mira compasivamente.)
Mamá lo dice, y de fijo
mi mamá no se equivoca.
Obedecerla me toca,
si no seria mal hijo.

PABLO. Mi madre, al contrario, está...

VICENTE. (Interrumpiéndole.)
¿Qué es eso de madre, Pablo?
Aprende de mí, que hablo
con finura. Di «mamá.»

PABLO. Siempre que del sueño en pos
mi plegaria al cielo va,
«Madre,» digo, y no «mamá,»
madre á la Madre de Dios.
El nombre de «madre,» calma
del corazon la honda queja:
lo pronuncia el labio y ¡deja
una música en el alma!
Esa palabra, la única
que el labio al sueño revela,
me deja ver como vela
con su deslumbrante túnica,
plegadas las alas, pio,
extinguiendo infernal ódio,
el divino ángel custodio
en torno del lecho mio.
Déjame que cada dia
diga «madre» con voz firme,
pues no podria dormirme
sin decirlo, no podria.

VICENTE. «¿Madre?»... Nombre empalagoso.
Se decia antiguamente.

PABLO. Antiguo es el sol, Vicente,
y no hay nada tan hermoso.
«Madre» diré sin variar
jamás la antigua costumbre.
JESÚS lo dijo en la cumbre
del Gólgota al espirar.

VICENTE. (Mirando hácia el huerto).
Con Faustino viene Diego
siguiendo una mariposa
que vaga de rosa en rosa

todo el dia sin sosiego.

PABLO. ¡Qué buenos son!... ¿Ya adivinas
á quién buscan, presumido?

VICENTE. (Esquivando la conversacion.)
Ven, que he de enseñarte un nido
que tengo de golondrinas.
(Se vá por la derecha del fondo llevándose á Pablo. Luego aparecen por el huerto Faustino y Diego, este último persiguiendo una mariposa blanca.)

ESCENA II.

FAUSTINO y DIEGO.

FAUSTINO. Me enojaré, te lo advierto,
y me harás desesperar,
si te empeñas en cazar
las mariposas del huerto.
¿Cómo con manos airadas
á molestarlas te atreves,
tan fáciles y tan leves,
tan tiernas y delicadas?
Déjalas, porque me oprime
tanta crueldad el pecho.
Ningun daño ellas te han hecho
para maltratarlas.

DIEGO. (Pensativo.) Dime:
teniendo lechos de rosas,
nardos, claveles y lilas,
¿por qué van tan intranquilas
vagando las mariposas?
¿Por qué cuando el sol desmaya
del mar al acento blando,
vienen las olas rodando
hasta morir en la playa?
¿Por qué el viento lento y frio
agita la rama verde

y su gemido se pierde
allá en el claustro sombrío?
¿Por qué cuando el mundo dora
del sol la guedeja rubia,
cae en el bosque una lluvia
de pájaros que enamora?
Y ¿por qué antes de que irradie
la brillante luz del dia,
dá la fuente una armonía
que no la comprende nadie?

FAUSTINO. Murmura la clara fuente
y las avecillas cantan,
porque amorosas levantan
himnos al Omnipotente.
Cuando los rayos inciertos
del sol brillan en las lomas,
se impregna el aire de aromas,
melodías y conciertos.
Se alza el mar majestuoso,
y mientras la noche empieza,
toda la naturaleza
canta al Todopoderoso.
Tras las armonías bellas
que el mar potente secunda,
la luna asoma, se inunda
el firmamento de estrellas...
y el misterioso lucero
pregona á la noche umbría,
que está el manto de MARÍA
cobijando al mundo entero.
Al alba abren presurosas
su cáliz, las flores bellas...
Ocúltanse las estrellas...
despiertan las mariposas...
(Señalando las que se ven vagar por el fondo).
y ambas con su vaguedad

y su movimiento incierto,
cuéntanle al que llora á un muerto
algo de la eternidad.

DIEGO. ¿Sí? (Despues de una pausa.)

FAUSTINO. (Con sencillez y conviccion á la par.)

Apenas mi hermana Rosa
dejó al nacer este suelo,
soñé que subia al cielo
convertida en mariposa.
Las leves alas batia
á impulsos del aire blando,
y, el espacio atravesando,
¡subia, Diego... subia!
Al terminar su jornada,
(Con sentimiento y regocijo.)
de frio las alas yertas,
besó las macizas puertas
de la celestial morada;
y cuando el Reino sagrado
le abrió la angélica hueste,
cayó en el Manto Celeste
de luceros tachonado.
(Llorando de pesar y de júbilo.)
—A mi madre con placer
se lo conté al despertar
y... cesando de llorar...
(Se enjugan las lágrimas,)
me dijo:—«Bien puede ser.
(Diego sigue pensativo contemplando las mariposas que por el fondo cruzan.)

Son las estrellas tan bellas
y brillan tan silenciosas,
que quizás son mariposas
convertidas en estrellas.»—
Desapareció el sombrío
velo de su hermosa tez

y añadió: —«El sueño tal vez
sea verdad, hijo mio!»—
Me dió un beso; sonreí,
abrazóme con contento
y me dijo:—«Oye este cuento
que de tu abuela aprendí:

(La atencion de Diego habrá ido fijándose cada vez mas en la relacion de Faustino hasta que al terminar el siguiente cuento, como ávido de aprenderlo, estará apoyado en el hombro de su compañero mirándole de hito en hito. Faustino recitará el cuento pausadamente como recordando y con espresivo acento).

Al mundo vino Felicia
á ser el dulce consuelo
de un esposo y una esposa;
mas al verla tan hermosa,
fué cundiendo la noticia
de que era un ángel del cielo.
A contemplarla acudian
gentes de todas edades
al rededor de su cuna;
y así llegó, por fortuna
de los que la poseian,
á cumplir seis Navidades.
Donde fijaba sus huellas,
los canoros ruiseñores
enamorados contaban
que á su belleza aspiraban
la luna, el mar, las estrellas,
los céfiros y las flores.
Del Reino de los querubes
salir debió aquella perla,
porque al declinar el dia,
cuando todo en paz yacía,
las águilas y las nubes
descendian para verla.
Al cerrar la flor su broche

los juegos daba al olvido;
la oracion era su gloria...

(Haciendo las inflexiones de voz del que se identifica en el relato.)

y añade además la historia
que á Felicia cierta noche
le habló el céfiro al oido.
Desde entonces la veia
orar ante un crucifijo
su madre amorosa y bella,
sin que en la comarca aquella
nadie sepa todavía
lo que el céfiro le dijo.
Felicia se puso enferma:
su madre fué de ella en pos
y oyó á la niña con miedo
decirle quedo, muy quedo:
—«Tal vez hoy mismo me duerma
para despertar con Dios.»—
Llora toda la comarca
por la madre que perdió
su mas preciado tesoro,
y esclaman todos á coro:
—«Nos queda en la tierra el arca,
pero la joya... ¡ya no!»—
Todo era luto, y en tanto
que sollozaba y gemia
aquella madre amorosa,
una blanca mariposa
á enjugar su acerbo llanto
del impíreo descendia.

(Diego vuelve á fijarse en una de las mariposas que vagan en torno del huerto.

¡Inesperada noticia!
La pobre madre leyó
en las alas de oro y nieve

de la mensajera leve:
—«Es mariposa Felicia
del jardin en donde oró.—
Cuando á engalanarse empiezan
la violeta y la rosa
y el eco de viejos bronces
resuena en el pueblo, entonces
ancianos y niños rezan
en pos de una mariposa.»

(Despues de una pausa y viendo á Diego meditabundo contemplando las mariposas, le pone la mano en el hombro y cambiando de tono le dice:)

¿Te gusta?

DIEGO. (Con viveza.) Sí. Cada dia
me lo tienes que contar
porque lo quiero enseñar
despues á una hermana mia.

FAUSTINO. (Tristemente.)
¡Sí!... Es posible que mañana
me ausente, Diego, de aqui!

DIEGO. Pues ¿cómo enseñaré, dí,
el cuento á Flora mi hermana?

FAUSTINO. Diego... (Secándose una lágrima.)

DIEGO. No me martirices...
No te irás.

FAUSTINO. ¡Si tú supieses!... (Bajando la voz.)

DIEGO. Mira, amigo; si te fueses,
no seriamos felices;
porque el tiempo te diria
con sus dias de luz llenos:
—«Diego te echa muy de ménos
todas las horas del dia.»—
Y como buenos hermanos
los libros que aqui aprendí,
preguntándome por ti
llegarian á mis manos!...

¡Y en vano tendria yo
mi rostro en la pared fijo
donde hoy pende el Crucifijo
que tu madre te entregó!
En el colegio los dos
entramos el mismo dia...
Si te fueses.. (Transicion.) ¡Oh no habria
para usted perdon de Dios!
(Movimiento de Faustino).
Fuera muy grande el agravio.

FAUSTINO. Dios te manda que perdones.

DIEGO. (Suplicante.)
El colegio no abandones...
(Irónicamente).
—O ¿es que te has vuelto sabio?

FAUSTINO. Diego, no seas tan niño.

DIEGO. (Algo ofendido y mirando á Faustino de piés á cabeza.)
¡El hombre!.. Vedle... qué grave!...
(Transicion marcada).
—¡Y todavía no sabe
qué significa cariño!

FAUSTINO. (Como herido en el corazon y con rapidez.)
¿Que no sé qué significa?...
Es —lo sé perfectamente,—
una cosa que se siente
(Con orgullo y llevándose la mano al corazon.)
aquí dentro y no se esplica.

DIEGO. (Abrazándole con efusion.)
Si lo sientes, no te irás.

FAUSTINO. Porque lo siento me voy.
(Pausa.)
¿Piensas que no sé que estoy
en el colegio de mas?

DIEGO. ¿Qué? (Sin comprenderle.)

FAUSTINO. Léjos de casa ahora,
todo, todo me entristece,

porque... mi hermana padece
y mi pobre madre... llora!

DIEGO. ¿Llora? ¿Quién la hace llorar?
Di: quién.

FAUSTINO. Ya te lo diré. (Sin atreverse á ello.)

DIEGO. Cuenta. (Cojiéndole la mano cariñosamente.)

FAUSTINO. Diego... yo no sé
si éso se debe contar.
Yo leí que uno confió
á cierto amigo un secreto
y éste fué tan indiscreto
que el secreto divulgó.
Deplorando accion tan mala
el del secreto, decía:
—«La culpa es de quien lo fía
y no de quien lo propala.»—
Le tendria gran cariño
al amigo el muy confiado.
(Deigo le insta para que hable.)
Si un hombre no es reservado,
¿cómo podrá serlo un niño?

DIEGO. ¿Quieres tú que me desmande?
En que hables tengo empeño.
Verás un hombre pequeño
mas formal que... un niño grande.
Habla, que quiero saber
la causa de tu pesar.

FAUSTINO. No te la quiero contar,
que te voy á entristecer.

DIEGO. ¿Entristecerme? ¿Creiste
con esa escusa engañarme?
Al punto vas á contarme...

FAUSTINO. ¿Qué?

DIEGO. Eso que te pone triste.

FAUSTINO. Cuando fuí á casa á pasar,
Diego, el dia de mi santo, . .

(Bajando la voz y cuidando de que no le oigan).
vi con profundo pesar
verter á mi madre llanto
sin podérselo enjugar.
Dulcemente la abracé;
besé su rostro sombrío;
—«¿Qué tienes?» le pregunté,
y me contestó: —«¿Por qué
quieres saberlo, hijo mio?»—
—Para aliviar tu pesar
á tu lado, madre, vengo.
—«Niño, inútil anhelar,
porque tú el pesar que tengo
no lo puedes aliviar.
Si fueses hombre,» —añadió,
besándome con cariño.
Mi pecho se estremeció...
¡Ah!... ¿Por qué no he de ser yo
un hombre en lugar de un niño!...
Once años no mas cuento;
¡no puedo reflexionar!... (Amargamente.)
—Pero en el corazon siento (Con orgullo.)
algo que hace vibrar
las cuerdas del sentimiento.
—«Niño eres para decir:
ese mal que te devora
sabré, madre, combatir...»
(Transicion dramática).
¡Como si el niño que llora
no supiera qué es sentir!
Como si el alma de Rosa
dejando el celestial techo
en donde mora gozosa,
no descendiese á mi lecho
en forma de mariposa
á decir regocijada:

—«Por nuestra madre adorada
vierte lágrimas y ora,
que si un hijo reza y llora
Dios de su madre se apiada.»—

DIEGO. (Despues de enjugar las lágrimas de Faustino y las suyas.)
Acábame de contar
qué causa tantos dolores
allá en tu materno hogar...
—Pero por favor no llores,
que vas á hacerme llorar!

FAUSTINO. Mi madre heredera ha sido
de muchos bienes y ahora
con un pleito que ha seguido,
todo lo cree perdido
la desdichada señora.
La voz de mi madre aun vien
á mi oido á resonar;
así pues, Diego, conviene
que ese pesar que ella tiene
yo se lo vaya á aliviar.

DIEGO. Sí, ¿cómo?

FAUSTINO. Este medio dia (Despues de ver que nadie escucha.)
en una carta que he escrito
á mi madre, le decia:
(Sacando el borrador y leyendo.)
—«Tú ya sabes, madre mia,
que yo te quiero infinito.
Aquí no debo seguir.
Soy pobre; he de buscar modo
de que podamos vivir.
Yo sé leer y escribir
y amar á Dios sobre todo.
El Crucifijo sagrado
que me diste para orar,

fácilmente me ha enseñado
que nadie deja de amar
al ver al Crucificado.

. . . .

Antes de que tenga indicio
de tu pobreza mi hermana,
me hallarás, madre, propicio
á salir de aquí mañana
para buscar un oficio.» —

DIEGO. ¡Oficio tú!

FAUSTINO. No te asombre
que trabajo á buscar ande;
pues si un libro de renombre
dice que el trabajo es grande,
de un niño ha de hacer un hombre.
(Con orgullo).
Ya adivina mi razon,
que en la vida; ¡breve soplo!
no es el oficio un borron,
porque fué el primer blason
de JESUCRISTO, el escoplo.

DIEGO. No te irás. No lo consiente,
Faustino, nuestro cariño.
(Llorando). ¡Vaya un niño inconsecuente!

FAUSTINO. ¡No llores!.. ¡No seas niño!
(Mirando hácia el huerto y dominándose).
Calla, que viene Vicente.

(Diego, lo mismo que Faustino, se afana en secar sus lágrimas esforzándose en sonreir. Vicente, acompañado de Pablo llega del huerto lleno de júbilo).

ESCENA III.

VICENTE, PABLO. Dichos.

DIEGO. (¡Vanidoso!) (Por Vicente).

FAUSTINO. (Por Vicente tambien). (Me dá lástima).

VICENTE. (Dirijiéndose á Diego y despreciando á Faustino).
Dos nidos tengo, dos nidos
en el terrado del huerto.

DIEGO. ¿Tuyos?

VICENTE. Mios y bien mios.
Nadie se atreva á tocarlos.
Ni éste, (Pablo) ni tú, ni... Faustino,
porque eso seria un hurto
y respetar es preciso
los mandamientos de Dios
que señala el Catecismo.

FAUSTINO. Tienes razon.—¿Quién te ha dado
esos tiernos pajarillos?

VICENTE. La casualidad.

FAUSTINO. No son
entonces tuyos los nidos.

VICENTE. Vaya si lo son. Veamos
quién va á ser el atrevido
que los toque.

FAUSTINO. Nadie. (Con intencion á Vicente,)

VICENTE. Yo, (Con jactancia.)
con privilegio exclusivo.

FAUSTINO. Esos nidos que tú dices,
los han hecho con sus picos
las aves ricas de amor
para criar á sus hijos.

PABLO. Tiene razon. (A Vicente).

FAUSTINO. Son dos madres
dueñas de esos edificios
donde entre pios amantes
y acaramelados trinos,
dejan granzas y vellones
desparramando cariño,
depositando calor
y haciendo con tierno ahinco
una música de besos

de aquel precioso ruido.
El cariño maternal
cobija á esos pajarillos,
y, alejados de su madre,
¡se moririan de frio!

VICENTE. ¿De frio ahora? Ya veis, (Riendo.)
compañeros. Cuando digo
(A Pablo y á Diego por Faustino.)
que quiere saberlo todo
y nada sabe Faustino...

FAUSTINO. ¡El frio les mataria;
mas no el frio que sentimos
cuando desnuda los árboles
el crudo invierno sombrio,
no, no: el frio de la ausencia
que mató una vez á un niño!

PABLO. ¿Cómo fué?

FAUSTINO. Cuando se hallaba
sobre la cuna dormido
una noche, lo robaron;
y, al despertar intranquilo,
echó el infeliz de ménos
el calor y los latidos
del corazon de su madre,
y sus besos y sus mimos,
y aquel celestial acento
que aun resonaba en su oido;
y al cielo á buscarse fueron
luego la madre y el niño!...
(Transicion dulce y espresiva).
Deja esos nidos, Vicente;
no son tuyos esos nidos.
Sin el calor de tu madre
á poco de haber nacido,
tú, Vicente, acaso hubieras
muerto!.. —Yo te lo suplico;
(Casi de rodillas.)

en paz en sus nidos deja
á esos tiernos pajarillos.

VICENTE. Ni tú, ni Pablo, ni Diego,
ni todos mis condiscípulos,
me mandan, ¿estás? Aquí
se ha de hacer el gusto mio
todas las horas de asueto,
porque yo soy noble y rico
y puedo yo solo mas
que vosotros reunidos.

FAUSTINO. Si tienes dineros, guárdalos,
que yo no los necesito.

VICENTE. (Riendo y mofándose de Faustino.)
No los necesita y lleva
los pantalones zurcidos...

FAUSTINO. Y eso ¿qué importa? Mi madre
me hizo aprender de corrido
este trozo de comedia
que está escribiendo mi tio:
(Declamando.) «Jamás el lujo te venza,
porque hay ente presumido
que á trueque de ir bien vestido
deja en cueros la vergüenza.
Conozco á quien no conoce
al amigo que empobrece
porque al fátuo le parece
denigrarse con su roce;
sin comprender, el muy nécio,
que dejando al pobre á un lado,
él, y no el pobre, ha logrado
del mundo el mayor desprecio».—

VICENTE. Parece que representes
en el teatro, Faustino.
—Dejémosle estar. (A los demás.)

PABLO. (Viendo llorar á Faustino). Las lágrimas
se le escapan hilo á hilo.

VICENTE. Llora de rábia porque él
es pobre y yo ostento un título.

FAUSTINO. No es verdad, no. Yo no lloro
de rábia como tú has dicho;
lloro porque.., me dá lástima
un tonto tan presumido
como tú.

VICENTE. ¡Qué feo estás
llorando! Mirad qué guiños
que hace. Ya puedes marcharte
porque no somos amigos.
(Paseándose con aires de gran señor.)
Yo me llamo Montenegro
y he de conservar el brillo
de mi alcurnia no rozándome
contigo. (A Faustino.) ¿Lo has entendido?

FAUSTINO. (Tratando de dominar su emocion).
Como quieras... como gustes,
señorito... lechuguino...
(Con entonacion levantada).
No te empañaré la ropa
lustrosa de tu vestido!..
¡Cruel!... (Tapándose la boca con el dorso de la mano como arrepentido de lo que iba á decir, y volviéndose á los demás).
Diego, Pablo, ¿os quedais?

DIEGO. Yo no, yo siempre contigo.
¿Por que eres pobre dejarte!
Tambien fué pobre el Divino
Maestro. El padre Gimeno
muchas veces nos lo ha dicho,
añadiendo: —«El que no ama
al pobre, de Dios no es digno».
—Vamos, Faustino, no llores,
que el llorar es de chiquillos.

FAUSTINO. No lloro. (Disimulando y evitando las miradas de Vicente, el cual sigue hablando con Pablo).

DIEGO. (Aparte á Faustino.) ¿Tú te figuras
que te va á echar don Jacinto
de aquí si tu madre deja
de satisfacer?.. No, chico.
Es el señor director
muy bueno y caritativo.
Yo no quiero te vayas,
porque yo te necesito.
(Apoyándose en el brazo de Faustino y con toda la espresion del sentimiento).
Aquello que me has contado
de los pájaros, del nido
y del calor que hay allí,
me parece que está escrito
en mi pecho... yo te quiero
como un hermano, lo mismo!...

FAUSTINO. Yo tambien á tí, y á Pablo...
(Volviéndose a Vicente que le mira con altivez.)
—y á usted tambien, señorito.

DIEGO. ¿No le tienes rencor? (Por Vicente.)

FAUSTINO. (Con rapidez.) ¿Yo
rencor? Eso fuera indigno.
Dios manda que no olvídemos
aquel precepto divino
que nos dice: «Ama á tu prójimo
como á ti,» y yo no lo olvido.
(Váse con Diego por la derecha del fondo. Pablo vá á seguirles, pero Faustino le indica que no deje solo á Vicente.)

ESCENA IV.

VICENTE y PABLO.

PABLO. (Sin perder de vista á Faustino y acercándose á Vicente que estará sentado en uno de los bancos.)
Se vá llorando... —Se sienta
en el banco de la fuente...
(Pausa.)

¿No te dá pena, Vicente?
¿Su pesar no te atormenta?

VICENTE. Si ántes que la amistad mia
la suya es, vé á consolarle. (Con acritud.)
Yo no quiero ir á buscarle
porque... me rebajaria.

PABLO. ¿Te rebajarias?

VICENTE. Vaya.

PABLO. ¿Cómo lo sabes?

VICENTE. Lo sé.
Mi hermana, no sé por qué,
riñó una vez con mi aya;
y cuando humilde á su lado
mi aya Francisca volvió,
mi hermana me dijo: «Yo
no me hubiera rebajado.»—

PABLO. ¿Sí? Pues mi madre, Vicente,
siempre que con álguien riño,
me dice: —«Pida usted, niño,
perdon inmediatamente.»—
Primero, siento afliccion...
pedir perdon no querria...
(Transicion).
¡Luego tengo una alegria
de haber pedido perdon!!
Y para que se eternice
en mi memoria, Vicente,
sonriendo dulcemente
mi buena madre me dice:
—«De arrepentimiento llena
la Magdalena lloró
y Dios su llanto secó
y abrazó á la Magdalena.»—
Me quedo meditabundo...
con un beso me acaricia,
y en él hallo... la delicia

de las delicias del mundo.
(Pausa.)
Tú con Faustino reñiste
y él no te guarda rencor...
—Vicentico, hazme el favor
de llamarle, que está triste.
Obedece. El Señor manda
que al triste se le consuele.
—¡Date prisa!...—¿No te duele
su pesar? Llámale, anda.
(Acariciando á Vicente para persuadirle).
Mira que yo tambien peno
porque á Faustino me igualo...
(Despues de una pausa y con severa entonacion).
Dicen que es, querer ser malo,
más difícil que ser bueno.
Es leccion muy descansada
la que se dá al bueno, si.
Mira: á ser bueno aprendí
sin que me costase nada.
(Coje la mano de Vicente y le conduce al fondo señalando hácia donde se fué Faustino.)
—Tú le ofendiste.

VICENTE. ¿Yo! (Irritado.)

PABLO. Sí.

VICENTE. Me ha dicho que era... cruel.
Yo no necesito de él. (Bajando al proscenio.)

PABLO. ¡Ni él necesita de tí!...
Rencoroso... ¡Anda! El reposo
nos has quitado á los dos.
(Se dispone á marchar; pero despues de mirar hácia el fondo con semblante compasivo, cambia de idea y vuelve al lado de Vicente.)
—¡Mira que no quiere Dios
que seas tan rencoroso!

VICENTE. Me ha ofendido.

PABLO. (Humildemente.) No te azores;
perdónale si faltó,
porque JESÚS perdonó
á todos sus ofensores.
Esta fábula lo enseña:
—«Por traer pan y calor
á su choza el leñador,
corre al bosque á cortar leña.
Corta un sándalo y se goza
en ello, ¡sin que presuma
que aquel sándalo perfuma
el hacha que lo destroza!»—

VICENTE. Su madre un pleito ha tenido
con mi mamá y ser no quiero
de Faustino compañero.
Para siempre hemos reñido.

PABLO. El orgullo á tí te exalta.
A Faustino llama; corre.
(Con mucha espresion.)
El maestro, dice: —«Una torre
viene á tierra si es muy alta.»—
—Anda, no seas borrico,
que el orgullo no es de sabio.
¿Vas á inferirle el agravio
de huir de él porque eres rico?
—Me darás una alegría
si las paces con él haces!...

VICENTE. Si hiciese con él las paces
mucho me rebajaria.

PABLO. Mírale, cómo te espera
todavía sollozando.
(Transicion.)
Tiene un corazon tan blando
Faustino como la cera!...
Llámale, no te avergüence
que los demás escudriñen.
(Con toda la intencion posible.)

Ya sabes: cuando dos riñen,
aquel que se humilla, vence.»

VICENTE. (Indeciso y mirando hácia el jardin.)
De mí los ojos no aparta.

PABLO. (Yo no quiero que así pene.
(Se coloca detrás de Vicente y hace una seña con el pañuelo.)
Le haré una seña.—¡Ya viene!)
¡Le han entregado una carta!...
de su madre es, pues empieza
á leerla sonriendo...
—¿Qué tendrá?... Se vá poniendo
rojo como una cereza...
(Con alegría siempre creciente.)
—Habla con Diego... Se dan
un abrazo... (A Vicente.) ¿No te alegra?

VICENTE. No.

PABLO. (Con amargura) ¡Tienes el alma negra
lo mismo que el alquitran!!...
(Vicente vá á marchar y Pablo le detiene.)
No te muevas, que hácia aquí
viene Faustino.—Ya ves.

(Faustino llega por el fondo en actitud humilde y rostro alegre, seguido de Diego.—Pausa.—Pablo mira alternativamente á Diego, Vicente y Faustino, ávido de romper aquel silencio. Recomiéndanse estas escenas al buen criterio del Director.)

ESCENA V.

FAUSTINO, DIEGO.—Dichos.

PABLO. (En voz baja á Vicente y muy al alma.)
Aquel que se humilla, es
quien vence.

(Durante estos últimos versos de Pablo, Diego habla con Faustino como significándole que es Vicente quien debe empezar. Faustino desecha el consejo sin vacilar.)

FAUSTINO. (Acercándose á Vicente.) Vicente... dí.
¿Qué quieres?...—¿No me has llamado?
VICENTE. ¿Llamarte? ¡Llamarte!—No.
FAUSTINO. (Mirando á Pablo, que fué quien le llamó, y dirigiéndose á Vicente siempre humilde y cariñoso.)
¿No me has llamado?... Pues yo...
me lo habia figurado.
VICENTE. ¿Olvidas que hemos reñido
(Con imperativo modo.)
para siempre?
FAUSTINO. ¿Reñir?... ¡Tonto!...
VICENTE. Olvidas ofensas pronto.
FAUSTINO. Pues claro que las olvido.
Ser siempre tu amigo anhelo.
Me ofendiste sin razon...
Me vengo... con el perdon,
que es la venganza del cielo.
VICENTE. Tú me quieres humillar.
FAUSTINO. La mano. (Dándole á Vicente la suya.)
VICENTE. (Vá á dársela y la retira.) ¡No te la doy!
¿Me perdonas cuando soy
yo quien te ha de perdonar!
(Pausa.—Faustino manifiesta su sorpresa que irá desvaneciéndosele paulatinamente.)
FAUSTINO. ¿Tú á mí... Vicente?...—Bien haces
en decirme...—No advertí...
—¡Bien!—Perdóname tú á mí.
Con tal que hagamos las paces...
(Vá á abrazar á Vicente y éste huye por el huerto.)
VICENTE. Jamás. (Váse.)

ESCENA VI.

DICHOS, ménos VICENTE.

FAUSTINO. Oye. (Siguiéndole con la vista.)
DIEGO. Con Conrado
ya al huerto...

PABLO. ¡Cojen un nido!...
FAUSTINO. ¡Ah!...
DIEGO. ¡Vicente se ha caido!...
PABLO. Debe haberse lastimado.
FAUSTINO. (Vá á marchar y Diego le detiene.)
Serle útil es mi anhelo.
DIEGO. No lo merece.
FAUSTINO. (Con religiosidad.) Cayó...
y hay que levantarle. (Se vá corriendo.)
PABLO. (Con la vista fija hácia el huerto.) ¡Oh!
Faustino le alza del suelo.
DIEGO. ¡Más valiera que al instante!... (Con ira.)
PABLO. ¿Qué?
DIEGO. Nada. El padre Gimeno
dice siempre que «no es bueno
quien no ama á su semejante.»
(Vicente aparece cojeando apoyado en el brazo de Faustino que le hace sentar en uno de los bancos de piedra.)

ESCENA ÚLTIMA.

VICENTE, FAUSTINO. Dichos.

FAUSTINO. (A Vicente, con tierna solicitud.)
¿No te has lastimado?—Dí.
¿Dónde te duele?—Dí dónde.
—Vaya, Vicente, responde.
Perdona, si te ofendí.
—¡Qué! ¿No me quieres hablar
orgulloso ú ofendido?
(Volviéndose á los demás.)
Suplicadle—yo os lo pido—
que se digne contestar.
PABLO. Señor presumido... (A Vicente.)
FAUSTINO. (Ofendido.) Yo
os pedí que suplicárais,

pero que le motejárais,
de ningun modo, ¡eso no!,
pues queriéndole insultar
sin que nada os haya hecho,
estará él en su derecho
si no quiere contestar.

(Volviéndose hácia Vicente.)

—¿Cómo ha sido? ¿Un resbalon?
¿Te asustaste?... No es estraño.

(Le hace levantar del banco y al ver que Vicente anda sin pena huyendo de él, esclama con júbilo.)

¡Anda! ¡No se ha hecho daño!

VICENTE. (No pudiendo mas y abrazando á Faustino con temor)
¡De cera es tu corazon!

FAUSTINO. Aprieta y tendrá el desquite
de tantísimo martirio!...
—Quizá ante el altar un cirio
llora cuando se derrite,
pues deciros puedo en hora
para mí tan placentera,
que este corazon de cera
se derrite á gusto y llora!...

(Volviendo á abrazar á Vicente despues de haber abrazado á los demás con la mayor efusion.)

¡Aprieta!... No tengas miedo.
¡Con fuerza, Vicente, firme!

DIEGO. Faustino, ¿quieres decirme
si te marchas?

FAUSTINO. No: me quedo.
A Dios le pedí un milagro
y me ha escuchado propicio.
En vez de tomar oficio
al estudio me consagro.
¡Ya soy rico!...

VICENTE. ¿Rico tú?

FAUSTINO. Sí, leed. (Sacando una carta que Pablo lee.)

PABLO. (Leyendo con alguna dificultad á la escasa luz del crepúsculo.)

«Hijo adorado:
»tu madre el pleito ha ganado
»al vizconde del Perú.

(Sorpresa general.—Vénse vagar varias mariposas.)

»Aun no estaba noticiosa
»del fallo, al romper el dia,
»á anunciármelo venia
»una blanca mariposa.
»Inmenso es mi regocijo...
»Con tus preces me protejes.
»¡Ninguna noche, hijo, dejes
»de rezarle al Crucifijo!...
»Casi todo su caudal
»me ha de entregar Montenegro.»—

DIEGO. ¿Vicente pobre? Me alegro.

FAUSTINO. No te alegres de su mal;
un alma noble no siente
placer con el mal ajeno.

VICENTE. Tú, Faustino, eres muy bueno.

FAUSTINO. Dios es el bueno, Vicente,
mostrándonos que es hermoso

(Enjugándole las lágrimas.)

hacer las paces, ¿lo ves?
—No tengas vanidad, que es
LO PEOR, SER VANIDOSO.

(Óyese lejano el toque de oraciones.)

Mira al pobre con amor
sin dar de orgullo señales,
que todos somos iguales
á los ojos del Señor.

(Todos se abrazan.—Cuadro.)

Busquemos el bien que mana
de sus máximas sencillas,

dejando esa pompa vana.

(Óyense las voces del órgano y el toque de oraciones en la capilla inmediata. Todos se descubren y arrodillan alzando los ojos al cielo.)

El órgano... La campana...
Compañeros, de rodillas.

(Luego dirijense al interior del colegio y cae el telon.)

FIN.

En los teatros caseros ó de pocas condiciones escénicas, puede tambien apelarse al efecto de las mariposas por medio de alambres movidos desde dentro.

OBRAS

DE

D. JOAQUIN ASENSIO DE ALCÁNTARA.

DRAMAS.

Una página triste	en 3 actos y en verso.		
Amores perdidos	3	»	»
Dolores	3	»	»
Heridas de amor	3	»	»
Los bandidos de levita	3	»	»
Los soldados de la industria (1)	4	»	»
El padre Gallifa (2)	6	»	»
Creo	1	»	»
La gloria del soldado	1	»	»
¡Benditas sean!	1	»	»

Digna de Dèu	3	»	»
Romansos	3	»	»
Mistos	1	»	»

COMEDIAS.

La casa de doña España	1	»	»
Cuarto menguante	1	»	»

La pubilla de Riudoms	1	»	»
A Dèu siau (3)	1	»	»
La vergonya	3	»	»

ZARZUELAS.

La venta del Pilar	3	»	»
¡Espartero!	1	»	»
Lo Cantó	1	»	»

De rejas adentro, cantares (4.ª edicion.)
Romances de ciego, » (3.ª »)
A la vora del foch, armonías y cantars.
Sones de mi zampoña, (en prensa.)

(1) En colaboracion con D. Modesto Llorens.
(2) En colaboracion con el mismo.
(3) En colaboracion con D. Eduardo Maza.

Esta comedia se hallará de venta en la Tienda de los Andaluces, plaza Nacional, y en las principales Librerías del reino.

Su precio 6 reales.